

ALFONSO PÉREZ RANCHAL

LA
VIDA

LA
MUERTE

Y EL
MÁS ALLÁ

A TRAVÉS DE LA BIBLIA

CLAVES PARA LA COMPENSIÓN DE LOS TEXTOS SAGRADOS

Editorial CLIE
www.clie.es



EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2022 por Alfonso Pérez Ranchal

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

© 2022 por Editorial CLIE

La vida, la muerte y el más allá a través de la Biblia.

ISBN: 978-84-18204-81-4

Depósito Legal: B 20279-2021

Teología cristiana

Escatología

Referencia: 225169

Impreso en Estados Unidos de América / *Printed in the United States of America*

ACERCA DEL AUTOR

Alfonso Pérez Ranchal es Diplomado en Teología Pastoral por el CEIBI (Centro de Investigaciones Bíblicas), Licenciado en Teología y Biblia por la Global University y profesor del CEIBI. Vive en Cádiz (España) y pertenece a la Iglesia anglicana.

AGRADECIMIENTO

Estoy en deuda con Alfonso Roper Berzosa. Este libro es un desarrollo más amplio de lo que originalmente era una tesis. Desde el mismo inicio, cuando únicamente era una posible idea a investigar, Alfonso Roper me mostró su apoyo, me recomendó toda una serie de magníficos libros y me dio su opinión en más de una ocasión. Sin su interés totalmente desinteresado ni aquella tesis ni este libro hubieran podido ser escritos.

Por supuesto, cualquier carencia que el lector pueda apreciar en este texto se debe única y exclusivamente a mi responsabilidad.

*Este libro está dedicado a mi mujer Mila y a mis dos hijos, Loida y Moisés.
Son ellos la razón más poderosa que encuentro en mi vida para seguir
creyendo en Dios.*

ÍNDICE

Versiones bíblicas.....	13
Prólogo	15
Prefacio.....	19
Introducción.....	27

PARTE I

LA VIDA, LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

1. La concepción hebrea del universo y del ser humano.....	35
1.1. El universo hebreo.....	35
1.2. La antropología hebrea.....	39
2. ¿Qué era la vida?.....	43
2.1. Abundancia de días, hijos y prosperidad.....	43
2.2. La tierra de la que fluye leche y miel	45

3. Tiempos de crisis: cuando la vida pone en entredicho lo que se cree sobre ella.....	49
3.1. Los Salmos	50
3.2. Job.....	53
3.3. Eclesiastés	56
3.4. Tres textos enigmáticos.....	59
4. La voz profética.....	63
4.1. De la colectividad a la individualidad	63
4.2. La esperanza mesiánica.....	65
5. Entre los dos testamentos.....	69
5.1. Tiempos convulsos.....	72
5.2. Daniel 12, 1-3	74
5.3. Panorama en otros libros intertestamentarios.....	77

PARTE II

LA VIDA, LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ EN EL NUEVO TESTAMENTO

6. Jesús y los evangelios	87
6.1. Jesús en su tiempo	87
6.2. El sentido de la vida para Jesús.....	90
6.3. La fantasía desbordante del cristianismo actual	93
7. El resto del Nuevo Testamento	97
7.1. En la comunidad primitiva.....	97
7.2. La evolución en Pablo.....	99
Conclusiones.....	105
Bibliografía	109

Versiones bíblicas

En este libro hemos usado cuatro versiones bíblicas como son *La Palabra* (2010), la *Biblia del Peregrino* (1995), *La Biblia de las Américas* (1997) y *La Santa Biblia Nueva Versión Internacional* (1999). En todo momento se indicará cuál de las versiones se está citando colocando para este fin las siglas al lado del texto. Así, *La Palabra* se identificará como BLP, la *Biblia del Peregrino* como BP, *La Biblia de las Américas* como LBLA, y *La Santa Biblia Nueva Versión Internacional* como NVI.

PRÓLOGO

La vida y la muerte, he aquí los dos grandes interrogantes sobre los que ha pivotado todo el pensamiento habido y por haber, dando lugar a sistemas religiosos y filosóficos muy diversos. Los escritores bíblicos no son una excepción, como bien dice el autor de esta obra, la meditación sobre la vida y la muerte ocupó la mente de reyes, poetas, cronistas, profetas, que comprenderán a la luz de la *revelación* sus existencias y la del pueblo al que pertenecen.

Revelación *progresiva*, indudablemente, conforme el pueblo iba madurando como tal en su concepción de la trascendencia divina y de la humana personalidad, que ante sus ojos iba desplegándose cada vez más como un milagro y portento incapaz de abarcar conforme a las viejas categorías. El Dios *aicónico*, ha plantado su *icono* en medio de este mundo, el ser humano –hombre y mujer-, *imagen* y *semejanza* del mismísimo Dios. Las consecuencias religiosas y teológicas poco a poco irán dando fruto en orden a la dignidad humana y la relación con Dios, cuyos lazos ni la misma muerte puede romper.

En el desarrollo de su pensamiento el pueblo hebreo fue pasando por diversas etapas, en la más primitiva sus esperanzas de comunión con Dios no iban más allá del horizonte de esta vida. La vida no terminaba con la muerte, pero lo que quedaba no era sino un resto de

la misma, una sombra, un especie de fantasma que llevaba una vida lúgubre en el submundo del *Seol*, sin pena ni gloria. En este punto, se asemejaba mucho al concepto griego del *Hades*. Pasaron siglos de reflexión y perplejidad ante el misterio del sufrimiento del justo hasta que al final alumbró la bienaventurada esperanza de una vida con Dios más allá de la tumba.

En esta pequeña gran obra, su autor, Alfonso Pérez Ranchal, nos introduce en la *lucha con el misterio del más allá* que los autores bíblicos mantuvieron de modo diverso en los distintos estadios de la revelación, hasta llegar finalmente a la revelación última del Señor Jesucristo, “el cual abolió la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio” (2 Tm 1, 10). Una lectura esclarecedora e instructiva que despejará las dudas de muchos que creen advertir una contradicción entre la esperanza del Antiguo y el Nuevo Testamento, al mismo tiempo que se le recuerda que la *meditatio mortis* o meditación de la muerte es uno grandes ejercicios de la filosofía y la verdadera religión.

Platón fue el primero en configurar la filosofía como una reflexión sobre el sentido de la vida en función de su final que es la muerte. Muerte que, por fe, sabemos que no tiene la última palabra, pues “cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: *Sorbida es la muerte con victoria*” (1 Co 15, 54). De esta manera, concordamos con Spinoza cuando decía que *el hombre libre en nada piensa menos que en la muerte* y que su meditación no es una meditación sobre ella, sino sobre la vida. Ciertamente. El ser humano libre en Cristo puede decir retador: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (1 Co 15, 55), sabiendo que se “nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (v. 57). El cristiano medita en la muerte para no olvidar que su esperanza de vida descansa sobre una *entrega-hasta-la-muerte* como el mundo nunca pudo concebir. Libre del temor a la misma, él mismo se entrega a la vida, pese a toda adversidad y contradicción, porque más fuerte es la vida sustentada en la fe, el amor y la esperanza que la misma vida abandonada a su propia suerte y decaimiento inexorable.

Es digno de notar que el Renacimiento comenzó con la Peste negra de 1348, nuevo covid-19 actual, y así aprendieron a discernir lo real de lo aparente, lo duradero de lo efímero, lo importante de lo vano. *La*

apariciencia del mundo pasa (1 Co 7, 31), pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Jn 2,17).

Alfonso Ropero

Historiador y teólogo, doctor en Filosofía (Sant Alcuin University College, Oxford Term, Inglaterra) y máster en Teología por el CEIBI.

PREFACIO

La muerte acecha día tras día. Su realidad no puede ser negada ni su presencia ocultada y es por ello por lo que el ser humano ha intentado darle algún tipo de respuesta, alguna forma de explicación. A pesar de la larga historia de la humanidad, de las diferentes culturas y pueblos, esta respuesta no ha sido tan diversa, tan distinta, hasta tiempos recientes con la generalización del ateísmo en la sociedad occidental.

Desde que tenemos noticia, el ser humano ha pensado que con la llegada de la muerte no finalizaba todo. Por supuesto, era un misterio, como lo es para nosotros al presente, pero creía que habría un «viaje» al otro lado, no solía tener dudas al respecto. Para que este tránsito se realizara con éxito los que quedaban debían llevar a cabo toda una serie de ritos, de cultos y de cuidados al difunto.¹

De todo este proceder se desprendía el convencimiento de que la pérdida de la vida era un sinsentido, un golpe que rompía los sueños, los propósitos, las expectativas de la persona. Era el límite por antonomasia que marcaba el antes y el después de la existencia terrena, por lo que provocaba temor y esperanza, miedo y expectación. Nuestra historia no se entiende sin esta relación con la muerte, tanto es así que

¹ Ver ROPERÓ, Alfonso. “La inmortalidad del alma, ¿doctrina bíblica o filosofía griega?”. *Alétheia*, nº 8, 1995, p. 41.

«Algún filósofo ha definido al hombre como el animal que conserva sus muertos».²

En el pasado se acudió sobre todo a la religión, a la filosofía y desde el siglo XIX el enigma de la muerte se abordó desde la filosofía de corte atea que, fue tomada posteriormente por un determinado enfoque en psicología y por un sistema político y social.³

Con la *Modernidad* todo ello se envolvió en un manto de cientifismo que hizo que cualquier cuestión relacionada con las preguntas esenciales de la existencia fuera considerada innecesaria. La ciencia parecía que había relegado a Dios al pasado, a otra época, e incluso se miraba de reojo y con desdén a la metafísica filosófica. Pero las grandes tragedias de la primera parte del siglo XX dieron al traste con todo este optimismo. Las dos guerras mundiales y la pérdida de la inocencia nuclear con las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki pusieron de manifiesto que nuestro mundo tenía el tiempo contado, que no era «eterno» en su discurrir y que la mayor amenaza que tenía el ser humano era la que provenía del propio ser humano.

El *Modernismo* fracasó y lo que queda desde entonces son un cúmulo de fragmentos que se unen aquí y allí con todo tipo de ideas y creencias.

Al presente, y desde hace algún tiempo, la sociedad occidental ha decidido ignorar, en lo posible y por el temor que produce, la realidad de la muerte, o bien considerarla como si se tratara de una especie de juego morboso. Es esta la actitud de la *Posmodernidad* y así se intenta por todos los medios que la enfermedad la vejez y la muerte queden fuera del centro de atención o, en claro contraste, abordar esta última como un tipo de espectáculo tal y ocurre con las películas de acción o de terror y con los videojuegos del mismo género. Esto a todas luces produce una cauterización de la conciencia, lo que trae como

² Ignacio Rodríguez en PIÑERO, Antonio y GÓMEZ SEGURA, Eugenio. *El juicio final. En el cristianismo y las religiones de su entorno*. Madrid, Editorial Edaf, 2010, p. 67.

³ Tal fue la obra de Ludwig Feurbach *La esencia del cristianismo* del año 1841 en donde explicaba la idea de Dios como una proyección del propio hombre. Así, sostenía que se trataba del deseo, de la necesidad, del sentido de trascendencia lo que había llevado al ser humano a inventar a Dios. Por tanto, Dios no habría creado a las personas a su imagen y semejanza sino a la inversa. Este punto de partida fue después tomado por Sigmund Freud para explicar, desde la psicología, la religiosidad en el ser humano y así también, desde un ángulo y propósito diferente, Karl Marx (la religión como opio del pueblo).

consecuencia patrones de comportamiento psicopáticos, una ausencia muy significativa, en no pocos individuos, de empatía.

Los medios de comunicación tradicionales e Internet hacen una labor esencial en esta deriva ya que buscan sobre todo entretener y la publicidad está dirigida a crearnos necesidades que realmente no tenemos, pero que si las satisfacemos, nos prometen, seremos más jóvenes y felices. Es por ello por lo que a las personas mayores se las tienen en los asilos, a los enfermos en los hospitales hasta que fallecen. Somos parte de una sociedad frenética, repleta de actividades y compromisos. Aquellos que tienen la desgracia de no poder seguir este ritmo quedan relegados. Sus familiares deben seguir ocupados, yendo de un lugar a otro, no hay tiempo para cuidar como antaño de los seres queridos.

De esta forma, las personas son parte de una inmensa maquinaria, son consideradas de acuerdo a su capacidad de producir. Si por alguna razón ya no son estimadas como válidas, sencillamente se reemplazan por otras, tal y como se realizaría con un engranaje o pieza defectuosa. Son los medios para conseguir un fin y este fin no es otro que el beneficio económico.

Pero la vida está directamente relacionada con la muerte y la muerte con la vida. Una no puede existir sin la otra. En el mismo momento en el cual nacemos el reloj se pone en marcha y el primer día de nuestra existencia es también uno menos de los que pasaremos en esta tierra.

Esta relación de la vida y la muerte también toma su significación de lo que se piense que hay después. Una persona vive de acuerdo con una serie de creencias, basándose en ellas es que piensa y actúa.

Muchas de estas creencias suelen estar «escondidas», no están en la parte consciente de la psique, pero se tienen. Si, por ejemplo, la única existencia en la que creemos es la presente, actuaremos de una forma que se amolde y sea coherente con esta línea de pensamiento. De ahí que la muerte no tendría el menor de los sentidos, y mucho menos el preguntarse si hay algo tras ella. Como resultado, toda una cosmovisión de lo que es la vida, de la nuestra y la del resto del planeta marcará nuestro estar, nuestras actitudes y, en muchos casos, nuestros principios morales.

Es por ello por lo que tanto el *hedonismo* como el *consumismo* son dos ideologías omnipresentes. La primera tiene como fin disfrutar todo lo que se pueda sin importar, en muchas ocasiones, las conse-

cuencias; la segunda el de poseer cada cosa que se desee o que nos hagan desear, aunque para ello se tenga que hipotecar la propia vida.⁴

Si no existe nada más que este mundo material pues acaparemos y gocemos todo lo posible de él. Es la cultura del narcisismo, de lo individual, de la verdad de cada uno... lo que también significa que vivimos en una cultura de gran frustración como pone de manifiesto, por ejemplo, los elevadísimos índices de suicidio entre los jóvenes o el desbocado consumo de antidepresivos.

El reprimir todo pensamiento de la muerte y el vivir como si dispusiéramos de tiempo infinito nos vuelve superficiales e indiferentes. Puesto que en el fondo sabemos que la muerte puede llegarnos cada día, entonces vivimos con una conciencia reprimida de la muerte, y esto nos arrebató el contacto con la realidad. La idea de vivir sin la muerte y la teoría de que la muerte «no es un suceso de la vida», actúan también como incitaciones al rechazo de la vida y no son sino una idolatría de la vida. Toda persona sabe que su existencia tiene un plazo limitado. El vivir como si no existiera la muerte es una ilusión engañosa con respecto a la vida. Toda persona que vive conscientemente, sabe que la muerte no solo es un «suceso de la vida», sino que es el «suceso de la vida», y que todas sus actitudes ante la vida contienen actitudes ante la muerte de esa vida suya.⁵

Curiosamente, en una medida similar al crecimiento del escepticismo para con el cristianismo, se aceptaron como posibles todo tipo de creencias, especialmente las de procedencia oriental. Al presente parece que casi nadie cree en la resurrección de Jesús, pero muchos son los seguidores de la parapsicología, de la ufología y no son menos los que creen en algún tipo de reencarnación. Llamativa es esa frase gene-

⁴ Es parte de lo que Zygmunt Bauman en su libro *Vida Líquida*. Barcelona, Espasa Libros, S. L. U., 2006, denomina «vida líquida» en medio de una sociedad «moderna líquida». Este brillante sociólogo apunta que «El consumismo es, por ese motivo, una economía de engaño, exceso y desperdicio. Pero el engaño, el exceso y desperdicio no son síntomas de su mal funcionamiento, sino garantía de su salud y el único régimen bajo el que se puede asegurar la supervivencia de una sociedad de consumidores. El amontonamiento de expectativas truncadas viene acompañado paralelamente de montañas cada vez más altas de artículos arrojados a la basura, productos de ofertas anteriores con los que los consumidores habían esperado en algún momento satisfacer sus deseos (o con los que se les había prometido que podrían satisfacerlos)» (p. 111).

⁵ MOLTSMANN, Jürgen. *La venida de Dios. Escatología cristiana*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 2004, pp. 80, 81.

ralizada y tan indefinida de «algo tiene que haber» cuando se pregunta por si se concibe algo más allá de nuestra realidad presente.

Ya no se puede seguir creyendo en las respuestas clásicas del cristianismo, se dice, y así se contraponen explicaciones «racionales» mientras que, a la par e incomprensiblemente, se exhibe una ausencia total de reflexión crítica para con otras alternativas, se aceptan sin más. Esto pone de manifiesto que la religiosidad en el ser humano, del tipo que sea, lejos de desaparecer se ha orientado en otras direcciones.

Para N. T. Wright se trató de un «golpe de estado intelectual»⁶ llevado a cabo por la *Ilustración* por medio del cual pasó como un descubrimiento propio y novedoso la afirmación de que los muertos no resucitaban, lo cual era algo que ya había sido asegurado por Homero y Esquilo. Ahora se podía afirmar sin ningún rigor que ya sabíamos que estas creencias pertenecían a mentes poco desarrolladas, infantiles o premodernas.

Pero la existencia tiende a ser asfixiante en muchos momentos, sobre todo cuando la edad avanza y los golpes se acumulan. «La muerte -dice Karl Rahner- es lo más trágico de la vida humana. No en balde designa la Escritura la situación del hombre diciendo que está sentado en las tinieblas y sombra de la muerte (Lc 1, 79)».⁷

Como consecuencia, la frustración y el aparente sin sentido se abre paso, y así se consideran y aceptan estas otras alternativas mencionadas anteriormente y que además tienden a ser más amables. No demandan casi nada y ofrecen mucho, algo muy alejado del mensaje evangélico que enfrenta a la persona, que la sitúa en el centro para que de esa forma se mire en el espejo de la perfección moral de Jesús. El resultado siempre es deficitario y así se produce una situación enormemente incómoda para ella, de crisis, ya que en ese mismo momento también aparece una exigencia para que dé un giro radical a su vida. Ahora debe tomar una decisión.

A finales de la década de los 70 del siglo pasado el interés por la muerte y la otra vida tuvo un resurgir en la literatura destacando los

⁶ WRIGHT, Nicholas T. *Sorprendidos por la esperanza. Repensando el cielo, la resurrección y la vida eterna*. Miami, Convivium Press, 2011, pp. 118,119.

⁷ RAHNER, Karl. *Sentido teológico de la muerte*. Barcelona, Editorial Herder, 1965, p. 10.

trabajos pioneros de E. Klubler Ross.⁸ Este interés se extendió durante la década siguiente.

Desde hace algunos años es la neurociencia la que ha tomado el relevo en el intento de explicar la religiosidad en el ser humano. Lo que sigue siendo incuestionable es que podemos mandar una sonda a Marte, pero la persona sigue siendo finita, mortal y frágil y no pocas se preguntan por qué existen, si hay algo más.

Y es que la fe en el «progreso» ha dejado un reguero incalculable de cadáveres a su paso, y entiéndase esto tanto metafórica como literalmente. Se decidió mandar a Dios a las alturas y a la par ofrecer la propia vida a otro tipo de deidad, al «dios progreso». Se creyó con los ojos cerrados en la ciencia, la tecnología y en algunas ideas políticas totalitarias, y esto dejó como consecuencia una humanidad sin futuro, ni inmediato ni eterno.

No era competencia de la ciencia ni de la tecnología la pregunta por el sentido de la vida, y es por lo que fracasó cada vez que se quiso, y se quiere, abordar desde aquí. El corazón de la metafísica sigue palpitando y la teología reclama el espacio del que jamás debió ser expulsada. Ya es hora que hagamos regresar a Dios desde su forzoso exilio celeste y lo coloquemos en medio de nosotros.

La cuestión de qué entendemos por el «más allá» se trata, por tanto, de una respuesta por el «más acá». Se quiera o no, la vida, la muerte y el más allá es un todo inseparable. «Esforzándonos, como Jesús y con Jesús, en vivir la vida en armonía con la voluntad del Padre, construiremos aquí el más allá. Paradójicamente, el más allá exige que tomemos en serio la vida presente, el “más acá”».⁹

La Biblia contiene una explicación clara en relación al sentido de la vida, en cómo enfrentar la muerte y qué hay tras la misma. Las Escrituras son un libro religioso que no se toma a la ligera esta cuestión. En absoluto considera que debamos ser indiferentes ante la muerte,

⁸ Para una consideración de las llamadas «Experiencias cercanas a la muerte» (ECM) se puede consultar *Vida después de la muerte* de Samuel Vila, Terrassa, Barcelona, CLIE, 1990, pp. 184-248, 286-303, en donde el autor tiene una opinión positiva sobre las mismas y les confiere total credibilidad; y *¿Vida Eterna?* de Hans Küng, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1983, pp. 27-49, para una consideración crítica de las mismas.

⁹ Marc Sevin en GOURGUES, Michel. *El más allá en el Nuevo Testamento*. Estella, Editorial Verbo divino, 1987, p. 4.

tampoco que tenga que ser escondida como algo temible y sin remedio o tratada desde una enfermiza superficialidad.

El libro sagrado de los cristianos recoge la experiencia de un pueblo que se sabía escogido por Dios, pero que no logró ver cierta claridad sobre este tema hasta que no transcurrió un lapso de tiempo considerable. Su idea definitiva de qué era exactamente la muerte, dónde iba la persona que fallecía y cómo considerar la posterior existencia fue el resultado de un proceso lento y dilatado. En este discurrir hubo épocas yendo casi a oscuras, a tientas, en donde diferentes protagonistas iban adelante mostrando una enorme fe. Algunos pensaban que si Dios era eterno, y por tanto no podía conocer la muerte, algo parecido le debía ocurrir a los justos. En medio de esta niebla la revelación se iba dando, poco a poco, de forma progresiva.

Debemos esperar hasta el llamado período del exilio para contar con algún dato o idea significativa, pero sería sobre todo en el tiempo intertestamentario en donde se daría su gran desarrollo. Sin duda, con Jesús de Nazaret se presentará la respuesta definitiva al gran enigma de la humanidad, él decía ser la Resurrección y la Vida.

INTRODUCCIÓN

La mayoría de los creyentes piensan en términos del Nuevo Testamento. Como consecuencia se llevan estas ideas y las colocan en contextos diferentes y a veces equivocados. Pero todavía es más preocupante, si cabe, el que en su entendimiento de la vida más allá de la presente incluso se distancien del mensaje original cristiano. Este mensaje original fue tempranamente afectado y modificado por una filosofía que estaba muy presente en el orbe romano, el neoplatonismo, influencia que marcó para siempre al cristianismo de tal forma que la misma llega hasta nuestros días. Desde aquí es que se interpretan no pocos textos veterotestamentarios. Pero procediendo así no se llega a comprender el significado de los mismos, que podría venir determinado por la idea de la muerte y del más allá que tenía el pueblo hebreo en un momento determinado de su historia.

Esta concepción marcaba su día a día, su manera de entender el sentido de la vida aquí en la tierra. Por ejemplo, fue habitual durante mucho tiempo atribuirle a Dios todo lo que ocurría, lo bueno y lo malo. Debido a que la idea de retribución en el más allá, tanto para los justos como para los pecadores, no existía, se pensaba que Yavé debía premiar y castigar en la presente. Por ello, el tener una vida llena de

años, ser próspero materialmente y poseer abundante descendencia era señal de bendición divina.¹⁰

Pero la realidad chocaba con esta concepción ya que el justo sufría y pasaba por todo tipo de penalidades y, en ocasiones, mucho más que el impío que además podía prosperar e incluso vivir con tranquilidad. Esto creaba un gran dilema a todos los niveles. En los libros de Job y de Eclesiastés este conflicto es clave.¹¹ Por tanto, es absolutamente necesario conocer el progreso de las ideas sobre la otra vida para que sirvan de clave para discernir muchos textos del Antiguo Testamento y, cómo no, del Nuevo. Es esto lo que tiene por meta el presente libro. Es más, me atrevo a decir que estamos ante *una clave interpretativa que sirve de llave para la comprensión de las Escrituras*.

Si recorremos la Biblia buscando cambios y avances en la concepción israelita de la vida tras esta vida (que es exactamente la metodología que nos proponemos llevar a cabo) será lo mismo que descubrir cómo Dios se iba revelando al ser humano, qué le demandaba y qué podía esperar tanto en esta vida como en la futura.

Dicho lo cual, este libro no irá recorriendo las Escrituras analizando cada pasaje en el cual se hable de nuestro tema, sino que colocará los peldaños de la escalera que van marcando este discurrir. Esto significa que hubo épocas en donde se creyó lo mismo, apenas sin variación y así, por ejemplo, se pensaba que todo ser humano acababa en el *Seol* en donde llevaba una existencia gris, mortecina, apagada y deprimente. No existían diferencias en el destino del justo y del impío. Este sería un peldaño inicial y así el siguiente lo supondría una variación en esta concepción, que a su vez se traducía en un cambio tanto en cómo se pensaba que era el lugar de destino como en la forma de existencia en el mismo. Y esto también hacía una distinción, traía una nueva luz en la comprensión de Dios y del propio ser humano. Como consecuencia, si este avance no se tiene presente, la interpretación bíblica de ese pasaje no se realiza correctamente.

¹⁰ Desde aquí también se entiende que la mujer estéril era considerada como que había sido castigada por Dios, se trataba de una especie de maldición. La descendencia era la única forma de preservar la identidad familiar, la memoria del clan.

¹¹ Si nos centramos en este último, su enorme pesimismo y aparente nihilismo se entiende por la creencia de que el justo, cuando falleciera, iría también al *Seol*, lugar de penumbras y de sombras. Por eso el llamado a disfrutar en lo posible del día a día, de todo lo que Dios nos da aquí abajo.

Finalmente, llegaremos a las ideas de cielo e infierno que tan claramente aparecen en el Nuevo Testamento, pero que no es posible comprenderlas si no nos hemos introducido anteriormente en el llamado período intertestamentario. Aquí buscaremos información en determinados libros de la época y en un tipo de literatura que especialmente floreció como fue la apocalíptica.

De esta forma, acompañaremos al pueblo elegido a través de las Sagradas Escrituras en su orden canónico, viendo cómo el concepto de una existencia más allá de la presente se va presentando y concretando. El hecho de una revelación progresiva conlleva que el saltar de un lugar a otro de las Escrituras sin tener esto presente sea equivalente a caer en anacronismos interpretativos.

Llegados a este punto hay algo de enorme relevancia que necesita ser resaltado. El cristianismo no se entiende sin la resurrección de Jesús. Si todo acabó en la tumba el Galileo hubiera sido un supuesto mesías más habiendo fracasado de la misma forma a como otros ya lo habían hecho. Lo que sacó a los discípulos de su temor, de sus escondites tras la crucifixión de su Maestro, fueron las noticias que trajeron las mujeres que regresaban del sepulcro. Según ellas, estaba vacío y habían visto a Jesús. Después vendrían las apariciones del resucitado y el resto, como se suele decir, es historia.

La resurrección corporal de Jesús era algo totalmente inaudito en el judaísmo coetáneo¹² y en el mundo pagano que lo rodeaba era considerado como un imposible, para este sencillamente las personas no vuelven o pasan a otra vida de forma corporal. Tampoco era deseable, y aún menos con un físico renovado.

La revelación traída por Jesús en esta cuestión es vital para abarcar no ya únicamente ciertos textos, sino la misma existencia del cristianismo.

Una última observación: este libro no tocará la llamada *escatología* entendida esta como una rama de la teología que trata sobre los eventos finales, de las últimas cosas. No estamos interesados en exponer, por ejemplo, qué es el *Milenio*, sino en entender el proceso y el progre-

¹² Se pensaba que la resurrección sería al final de los tiempos y, además, que se llevaría a cabo de forma colectiva.

so del concepto de la muerte y el más allá en las Escrituras y cómo ello es esencial para la comprensión de la Biblia.¹³

¹³ Dicho lo cual estamos de acuerdo con MOLTSMANN. *La venida de Dios*, p. 14, cuando dice que «la *escatología cristiana* no tiene nada que ver con tales soluciones finales apocalípticas, porque su tema no es en absoluto el final, sino -muy lejos de eso- la nueva creación de todas las cosas. La *escatología cristiana* es la esperanza que recuerda la resurrección de Cristo crucificado, y por eso habla del nuevo comienzo en medio del final de la muerte». Y en una línea parecida ver WRIGHT. *Sorprendidos por la esperanza*, pp. 175, 176.

PARTE I

LA VIDA, LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ EN EL ANTIGUO TESTAMENTO¹⁴

El pensamiento sobre la muerte y el más allá en el pueblo hebreo no se fue dando en el vacío. Como todo grupo humano, respondió a una cultura que lo expresó con los medios de los que disponía en cada momento. Por ello, se puede decir que la Biblia es el registro en palabras humanas de las palabras divinas. Pensar que el autor bíblico estaba libre de subjetividades, de condicionantes propios y sociales o de límites científicos es lo mismo que creer que vivía en una especie de burbuja de la que salía para tratar con el resto de falibles humanos y a la que volvía cuando se trataba de asuntos divinos.

Las Escrituras tienen una evidente doble naturaleza: la divina y la humana. No se trata, por tanto, de exactitud documental, sino de contenido. Las verdades eternas fueron dadas en estructuras culturales. Una vez estas estructuras cambiaban o eran reemplazadas por otras es por lo que la revelación divina podía ser aplicada a las nuevas circunstancias, a las situaciones siempre cambiantes del ser humano. Variaba

¹⁴ Este libro está distribuido en dos divisiones principales como son «La vida, la muerte y el más allá en el Antiguo Testamento» y «La vida, la muerte y el más allá en el Nuevo Testamento». Estas designaciones de Antiguo y Nuevo Testamento no se usan aquí como sinónimas de canon, aunque en buena medida coinciden. La diferencia esencial está en que hemos incluido en la primera de estas divisiones al período que se suele denominar intertestamentario.

lo externo que vehiculaba lo interno e inmutable, la verdad revelada. Teniendo esto presente es que se puede abordar la historia del pueblo hebreo, entender su desarrollo, sus progresos y sus retrocesos.

Israel pensaba que había sido especialmente escogido por Dios. Esta elección no obedecía a nada que ellos pudieran poseer u otorgar a cambio, sino exclusivamente al amor divino. Como parte de esta elección ocuparía un lugar central la revelación que Dios iba a realizar de sí mismo y que ellos debían guardar, obedecer y dar a conocer a través de las generaciones. No se trataba del tipo usual de divinidad pagana descrita por medio de mitos, identificaba con los elementos naturales o tan tremendamente inmoral como sus adoradores. Por el contrario, Yavé había irrumpido en la historia de la humanidad, se presentaba como el Creador y Señor de todo lo natural y además poseyendo un mensaje destinado al ser humano.¹⁵

Según las Escrituras, las personas fueron creadas a imagen y semejanza del Todopoderoso. Era un Dios que se interesaba por ellas, que deseaba darse a conocer y que por tanto podía ser comprendido por sus criaturas. Si el ser humano se preguntaba por el sentido de la existencia, Él se manifestó como el único poseedor de la verdadera vida.

Esta vida era la que animaba a las personas en el origen de su historia, pero había sido perdida. Debido a la caída en el Edén, la muerte había irrumpido de manera trágica, sus consecuencias nefastas se multiplicarían sin medida.

Es en medio de este desorden moral y natural en donde se dará a conocer Yavé, el Dios viviente, ya que nadie que estuviera fuera de Él se podía considerar como realmente vivo. De esta forma, llamó al cabeza de un clan (Abrahán), del que saldría un pueblo (Israel) al que con el tiempo deberá rescatar de la esclavitud de Egipto. La experiencia del Éxodo será central en la historia israelita y su liberación una imagen continua de lo que significaba la vida y la muerte, de lo que era estar al lado de Yavé o alejado de Él.

¹⁵ «Los hebreos fueron los primeros en descubrir el significado de la historia como epifanía de Dios, y esta concepción fue recogida y ampliada por el cristianismo» (M. Eliade citado en MARCHADOUR, Alain. *Muerte y vida en la Biblia*. Estella, Editorial Verbo Divino, 1987, p. 5).

La historia de Israel será a partir de entonces una historia jalónada por sucesivas revelaciones divinas. Una historia de salvación, de relación.¹⁶

Este devenir será pensado, meditado por mentes brillantes, por reyes, por poetas, por cronistas, por profetas, que comprenderán a esa luz sus existencias y la del pueblo al que pertenecen. Una luz que irá profundizando, alumbrando con más fuerza y finalmente dando a conocer con total claridad aquello que Dios se había propuesto desde el principio. Una historia de un pueblo que nace con la conciencia de ser especial y que debe reflexionar continuamente sobre qué es lo que Dios le demandaba, qué quería de ellos. La grandeza de todo es que el Dios israelita lo que siempre pretendió fue rescatarlos, sacarlos de su oscuridad y darles esperanza, y desde allí extenderla al resto de la humanidad.

Lo que llama enormemente la atención es que las ideas de resurrección y de una existencia plena tras el fallecimiento tardaran tanto tiempo en desarrollarse. Así, habrá que esperar hasta el llamado período intertestamentario para encontrarnos con ellas. Sin duda, Israel no fue una nación que siguiera al Dios bíblico por miedo a la muerte, por sentirse cercado por las limitaciones existenciales o por las angustias de las últimas cuestiones. Aunque todo acabara en la fosa o en una existencia gris y fantasmal, aun así, el israelita piadoso estaba dispuesto a seguir a Yavé.

¹⁶ Podría parecer que esta concepción es demasiado ingenua ya que el estudio de las religiones comparadas habría demostrado sobradamente una común evolución religiosa en el ser humano. De esta forma, habría que hablar de un primer estadio que sería el preanimismo-animismo (o totetismo); de un segundo politeísta para desembocar en un tercero monoteísta. Pero toda esta religiosidad habría sido superada con la aparición de la ciencia, modelo del mejor y más alto pensamiento. «Pero hoy sí se niega, -dice Hans Küng- y con razones muy serias, un evolucionismo esquemático en la historia de las religiones. Pues se ha constatado empíricamente que las religiones han evolucionado de múltiples formas, completamente asistemáticas» (*¿Vida eterna?*, p. 88).

Dicho lo cual, por supuesto que diferentes estadios están presentes en muchas religiones, sigue diciendo Küng, pero en otros tantos pueblos primitivos, especialmente en las culturas más arcaicas, este supuesto primer estadio animista o preanimista no aparece y sí lo hace posteriormente. Lo que se ha descubierto es que en otras los datos que tenemos hablan de una primera fase que podríamos catalogar de «proto-monoteísmo», esto es la creencia en un Padre universal, Padre de la tribu o del cielo. Tanto es así que no se conoce hasta el momento ni una sola religión que haya pasado por todas estas etapas que se suponen que se dieron (Ver *ibid.*, pp. 89, 90).

CAPÍTULO 1

La concepción hebrea del universo y del ser humano

1.1. El universo hebreo

El universo semítico podemos considerarlo como compuesto por tres planos, niveles o pisos. El *Seol* es el lugar subterráneo, al que le sigue nuestra *Tierra*, sobre la cual está el *Cielo* en forma de cúpula (nuestro cielo atmosférico) y al que le sigue otro tipo de cielo que es el lugar donde habita Dios (ver Éxodo 20, 4).

El *Seol* es el inframundo que se encuentra bajo nuestros pies. Allí iba todo ser humano una vez fallecía, creencia que apenas variará hasta el tiempo que media entre los dos Testamentos. En este lugar había un enorme océano en donde se apoyaban los pilares sobre los que descansaba la tierra.

Así pues, se trata de una inmensa cavidad que, según los textos, toma la forma de un pozo, de una cisterna, de una sima, de una fosa: «Mi mal se ha tornado en bien, y has preservado mi alma del hoyo de la corrupción... Porque no puede alabarte el sepulcro, no puede celebrarte la muerte ni puede los que descienden